



AY ROBERTO, CÓMO LEE LA GENTE EN VERANO!

POR OLIVIA PRIVITERA. Para corroborar esta aseercción le solicitamos a una de nuestras más recientes colaboradoras que consulte a un profesional probado, antes de cantar su posta de lecturas. Cacho Moro, de librería El Espejo, configura el Índice mientras Olivia se dedica a racionar el tiempo libre.

UN BUEN LIBRO SIGUE VIBRANDO

De buenas a primeras Antonio Segundo Moro dice “no recomendar”, excepto que se lo pidan: “Como librero es necesario respetar el deseo del lector y escuchar sus inquietudes, si las plantea. Una librería es una invitación a leer, a recorrer sus anaqueles y descubrir por uno mismo lo que ocurre en el encuentro con libros diversos”.

In the summertime

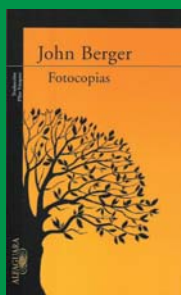
“Personalmente no leo más en verano, sino que nado más. En cualquier época del año leo más o menos lo mismo: dos ensayos y varios libros de poesía por mes”, introduce Cacho. Cuenta que en este momento Nutrir la vida de Francois Jullien y El psicoanálisis ¿Es un ejercicio espiritual? de Jean Allouch, son los elegidos, entre otros libros que consulta o relee habitualmente. Pensé que, sea por su condición de librero o de escritor, su caso era especial. No podía sacarme de la cabeza la fórmula que dice: Libros + Verano = Lecturas Livianas. Seguí indagando.

“Puede que la gente lea más boludeces en verano, pero la verdad es que leen boludeces todo el año. Si no, –agregó un tanto descorazonado– ¿Cómo es posible que sean rentables las revistas de los kioscos que proliferan todas las semanas junto a novelas románticas o policíacas masivas?”. Lo que suelen hacer algunos lectores, explica, es cambiar un poco la dirección de sus lecturas. Refiere que a los psicoanalistas, por ejemplo, “les gusta leer novelas o cuentos, porque el resto del año leen ensayos vinculados a sus especulaciones teóricas o a la necesidad de precisar orientaciones clínicas”.

Lista de buena fe

“Que te asombre, que te abra la mirada a territorios inexplorados, o cercanos pero nunca asociados. Que su inteligencia tenga el don de expresarse con poesía o con sencillez”, así debe ser un libro, según Antonio, para ser recomendado. Lo que sigue es una lista estrecha que cedió Moro, respondiendo a mi pedido, con algunas precisiones geográficas para la temporada: Fotocopias, de John Berger, para la pileta; La Carretera, de Cormac McCarthy, para la montaña; Mescalito, de Hunter S. Thompson es la opción para el mar; y en caso de quedarse en casa, la sugerencia es el Tao Te Ching, de Lao Tsé.

Y remata a modo de prospecto afable: “Si compra un libro, léalo. Aunque la biblioteca es una construcción de lecturas hipotéticas que no siempre realizamos, trate de leer lo que adquiera y comparta sus libros con otros, converse sobre ellos. Trate de llevar a cabo en su vida algunas de las cosas que diariamente recordará, ya que cuando un libro es bueno, sigue vibrando en nosotros como la buena música”.



FRUTOS DE ESTACIÓN

En cuanto a mis apuestas veraniegas, surge un pequeño dilema. Si bien esta estación supone una temporada dividida entre el ocio y las tareas básicas de supervivencia (dormir, ir al baño, dormir y escuchar el ronroneo del ventilador hasta entrar en una especie de nirvana), las ofertas para llenar los días se reproducen impudicamente en estos meses.

Como si el tiempo se dilatara, uno va tejiendo redes de planes y contraplanes que, aun viviendo en alguno de esos paraísos donde el verano sucede todo el año, son imposibles de llevar cabo. No, en verano el tiempo más bien se derrite, y a lo sumo deja una marca, como la suela de una ojota pegada en el asfalto, pero nada más. Hay que aprovecharlo. Entonces, ¿qué hago?

Presto a las hojas filosas

Un poco de futurología y me veo en la silla verde, bajo el roble, un libro entre los dedos. En vez de leer, mis pensamientos siguen las ramas del aguaribay. Pero no es culpa del libro, sino gracias a él, que la mente viaja a velocidad crucero. Porque en verano un libro más que un objeto para consumir es como un amigo y, considerando la irritabilidad estival y la baja resistencia al sopor humano que causan el cemento y los cuarenta grados, uno de la mejor clase.

Llegó el momento de hacer explícita una segunda cuestión: si bien no creo que haya lecturas de invierno y de verano, las destructivas temperaturas que puede alcanzar hasta la sombra cordobesa, hacen que esta idea se desvanezca como la esperanza de leer ese postergado ensayo de Deleuze o de Guattari.

En todo caso, si uno dispone de más tiempo puede aprovecharlo para retomar lecturas atrasadas, incursionar en nuevos autores, dejar que la curiosidad haga su trabajo. Claro que la elección depende de cada uno, pero valga este pequeño inventario, de lector a lector.

Listín per sé

Madame Bovary para leer de tres a cinco de la tarde. Más intrigante que la novela de la tele y permite ser disfrutada bajo un sauce, con los pies dentro del río. Y si hablamos de sauce y de río hablamos de Juan L. Ortiz. Si bien sus obras completas son un poco pesadas para llevar a la pileta, sugiero su lectura al amanecer, como ejercicio para el espíritu y la percepción.

Lo que sí puede llevarse a la pileta es Ladridos, de Santiago Ramírez, contundente volumen de relatos que entra cómodo en el bolsillo del short y difunde al cerebro. Si te gusta nadar, Los días del padre, de Sergio Gaiteri, no te enseña el deporte pero es puro estilo, oxígeno y control. Bajo el puente. Antología mínima de Rosario Sanmiguel, te ayuda a entender por qué darse un chapuzón puede ser franquear un límite.

La navegación lenta, paranoica de Moby Dick te hará bucear en tu propio desenfreno, hasta llegar a marzo y desembocar en Terriblemente felices. Nueva narrativa brasileña —consuelo de un pasaje no sacado a Bahía—; o en María Domeq, de Juan Forn, si el destino fueran las lejanas tierras del Japón. Carson McCullers y El aliento del cielo, para imaginar otros veranos en la grata compañía del ventilador y seguir en otoño, invierno, primavera y otra vez...

